



Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.) (2010).

El Género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad.

Barcelona: Editorial Egales S.L..

ISBN: 978-84-92813-20-9

Margot Pujal i Llombart

Universitat Autònoma de Barcelona

Margot.pujal@uab.cat

El laberinto del malestar trans y la complejidad de la transformación social

La transexualidad en nuestra sociedad está construida de forma mayoritaria a partir de las voces disciplinarias de la medicina y la psiquiatría, construyendo desde ahí la opinión pública experta en relación al asunto. Como contrapunto y *re-equilibrio democrático de voces en la construcción pública de esta realidad*, el *Género desordenado* recopila las otras voces implicadas en el asunto: profesionales de la salud con una mirada crítica, testimonios *trans* en primera persona, académic@s de las ciencias sociales que analizan la relación de la salud con la condición social de las personas, e instituciones internacionales que se han pronunciado al respecto, y sobretodo las voces del movimiento social *trans* que está reflexionando sobre su situación actual, contradicciones y dificultades, así como la relación con otros movimientos sociales afines como el feminista y gay-lesbiano.

En este sentido, las voces de la medicina y la psiquiatría han construido, con más o menos matices, la transexualidad de forma unidireccional como un “*trastorno mental que requiere tratamiento psiquiátrico*”. Frente a dicha construcción, la pluralidad de voces que re-construyen la cuestión con un mayor alcance en este libro, problematizan dicha construcción al considerarla reduccionista y sesgada. Así, la temática de este brillante y comprometido libro editado por Miquel Missé y Gerard Coll-Planas, es la cuestión de la *transexualidad* como un fenómeno relacionado con **el poder**, el cuestionamiento de las *normas sociales de género binario* que nuestra sociedad ha naturalizado e institucionalizado en la modernidad; y a su vez, la visibilización de los *procesos psicosociales* que acompañan cualquier proceso de cuestionamiento de normas sociales (*miedo, sujeción, conformismo, uniformidad, obediencia, influencia, estigma, prejuicio, discriminación, resistencia, subversión, psicologización y patologización, etc.*) los cuales se desarrollan plenamente en el caso de la desnaturalización de las identidades normativas de género que la *transexualidad* pone de relieve. A través de este libro, en la construcción de la topografía de esta cuestión en el momento actual, han intervenido múltiples actores y miradas, con distintos papeles en relación a la temática, por lo que el libro está conformado por quince capítulos organizados en tres partes: una primera en la que se da cuenta del impacto de lo social sobre los cuerpos y la sexualidades, la segunda en la que se pone de manifiesto la necesaria reflexividad y autocrítica de los

profesionales de la salud que trabajan en esta cuestión en relación a sus propios prejuicios, así como la necesidad de ampliar lo profesional a psicologías no ‘psiquiatrizadoras’, y la tercera, que muestra las experiencias políticas y personales de las personas identificadas de distintas maneras con las cuestiones *trans*. Más allá de lo dicho hasta aquí, no quiero descubrir lo que puede encontrarse en el libro, aunque su riqueza, su rigurosidad, su nivel de compromiso, así como su capacidad de matización y de análisis fino no permitirían hacerlo en estas breves páginas, lo único que quiero añadir de específico es que es de *lectura imprescindible* si se quiere *abrir los ojos* ante esta cuestión, o mejor dicho es de *lectura obligada*, si se quiere comprender mejor el control social en relación a los procesos sociales de sexuación y generización, los de tod@s nosotr@s sin excepción, puesto que tod@s estamos implicados en la construcción de las sexualidades en nuestra sociedad contemporánea cambiante y diversa.

Dicho esto, a continuación me gustaría plantear una especie de conversación a la que el *Género desordenado* me ha invitado, a partir de una de las cuestiones de trasfondo que lo atraviesan, en relación a la heterogeneidad del movimiento social *trans*, y a la de los movimientos sociales en general y su impacto en los procesos de transformación colectiva de la realidad.

Judith Butler en *Mecanismos Psíquicos del Poder* (1997/1998) plantea que el **poder social** opera mediante **fenómenos psíquicos** restringiendo y produciendo el deseo y el ámbito de la socialidad vivible. Es decir, dicho poder se transmuta en psíquico y produce, por una parte, ciertas *modalidades de reflexividad* en el sujeto, por otra, ciertas *formas de corporalidad*, y finalmente, *limita sus formas de socialidad* (cuyos contenidos están en relación con la categoría social específica/s por la que es interpelado dicho sujeto, el modelo normativo de género en el caso que nos ocupa). Dicho planteamiento, introduce la dimensión *subjetiva, particular y situada* del malestar y padecimiento que produce el modelo normativo de género binario y la *transfobia* resultante en nuestra sociedad.

La dimensión “subjetiva” del malestar de género.

Si tomamos en cuenta esta dimensión subjetiva (del malestar *de género y/o trans*) nos podemos encontrar con **la paradoja** de querer introducir cambios en la sociedad y en nosotros mismos, para **reducir el padecimiento** humano vinculado a las exclusiones que el **MODELO NORMATIVO DE GÉNERO** produce (discriminación, maltrato, marginación, opresión, violencia médica, estigmatización, autoprejuicios, medicalización, etc.) y hacerlo con un **coste** de dolor/padecimiento tan alto y continuado que suponga un grado de padecimiento **igual o superior** al que queremos combatir (ejemplos: operaciones quirúrgicas muy complejas y cronificadas para cambiar de sexo, defensa de posturas maniqueistas y radicalizadas a partir de posturas enfrentadas que no pueden dialogar, no contextualización de las demandas y/o propuestas de cambio, dogmatismo, miedo a la diferencia en el interior de los colectivos sociales, etc.).

¿Tiene esto algún sentido? parece que no, si tomamos una perspectiva ética además de una política. Surge entonces un PROBLEMA NUEVO a pensar *¿cómo gestionar la dimensión subjetiva del padecimiento o malestar en el marco de los movimientos sociales y la transformación social?* Problema que como mínimo implica dos cosas:

a) Lo que denominamos **malestar o padecimiento de género tiene una dimensión subjetiva y heterogénea** y no es objetivo ni universal y b) esta condición anterior tiene **dos consecuencias** muy importantes: i) **la posibilidad de negar el malestar** y ii) fruto de esta primera consecuencia, surge **la dificultad de transformar dicho malestar de manera efectiva y común**.

Vamos a explicarnos poniendo algunos ejemplos ficticios de voces, pero inspirados en estudios empíricos reales consultados.

i) La posibilidad de la “negación” del malestar/padecimiento de género.

Si el malestar es subjetivo, es algo que puede ser negado fenomenológicamente. Pero como mínimo habría 2 maneras diferentes de hacerlo: a) mediante “*la construcción de una coherencia identitaria discursiva*”, o b) mediante “*dejarse llevar por las necesidades sentidas del aquí y ahora*, sin elaboración crítica de éstas”.

Expresiones que ilustran la primera manera serían: “*ser gay nunca me ha hecho sufrir... me siento bien así...*”, “*soy muy feliz siendo hetero...*”, “*la operación de sexo me permitió volver a nacer, soy otra persona... desde entonces..*”, “*la identidad transexual me ha dado un sentido personal en el mundo*”, “*supe que era una mujer maltratada cuando me lo dijeron en una asociación de mujeres, antes de ello creía que estaba bien*”, etc.

Son discursos que ponen en primer lugar, **la voluntad**, frente los afectos o necesidades (como probablemente diría Gerard Coll-Planas uno de los editores del libro) y al mismo tiempo la **búsqueda y afirmación de una identidad coherente**, dejando de lado mediante una naturalización las dificultades y padecimientos asociadas a esta voluntad y afirmación de identidad, y también sus ambivalencias y contradicciones. Pero también se dan expresiones a la inversa (que serían una segunda manera de negación del malestar) basadas en “*el dejarse llevar por las necesidades vividas*” por ejemplo cuando alguien dice que “*su necesidad vital es operarse y cambiarse de sexo, pase lo que pase... ¡prefiere arriesgar su integridad física a vivir así!*” prioriza su necesidad o deseo, sometiéndose sin poder decidir, ni relativizar o desplazar determinados sentimientos.

Empezaremos refiriéndonos a esta afirmación anterior (*centrada en la necesidad/deseo*). Respecto a ella, podríamos decir a la vez que “es verdad” (¡sin el menor asomo de duda!) pero también que “no lo es del todo”, por aquello que *la norma habla por nosotros más que hablar nosotros mismos, como han planteado Foucault y Butler*) y por lo tanto, que hace falta *trabajar por el desplazamiento/cambio de ciertas necesidades*, que se viven como absolutas, propias e inalienables, y a la vez, por el reconocimiento de otras posibilidades diferentes que son invisibles, debido a nuestra *sujeción primaria al orden social dominante*.

Y seguimos, aludiendo a las afirmaciones de más arriba, referidas la primera manera de negar el malestar (*centradas en la voluntad y afirmación de una identidad coherente*) que por supuesto, también “*son verdad*”, y “*no lo son*” a la vez, porque muchas veces denotan una **desconexión de las emociones y los afectos**. Afectos provocados por *la violencia que ejercen las normas de género sobre nuestros cuerpos y subjetividades en nuestra sociedad transfóbica, homofóbica, y patriarcal*, de los que desconectamos a favor de una *racionalización* de la experiencia. Desconexión que, por otra parte, habitualmente acaba pasando factura y que no implica que no haya padecimiento, sino que lo hace emerger de una *manera más indirecta, abrupta y difícil de descifrar* (mediante enfermedades físicas y somáticas, dolor crónico, cáncer, etc... o padecimiento mental excesivo, intentos de suicidio, depresiones graves, autoagresiones, etc...). Esta es la razón por la cual hace falta intervenir de alguna manera en el asunto, pero como el recurso autoritario nunca es de recibo, hará falta trabajar en la línea de *contar con la participación del sujeto implicado*, surgida fruto de la voluntad y el deseo de transformarse a si mismo y de transformar el mundo.

La voluntad y los deseos, no tendrían que ir por caminos totalmente separados, porque esto nos hace **más vulnerables**, pero en situaciones sociales difíciles como es la del colectivo *trans* en el momento actual, muchas veces se da dicha separación, fruto de la situación. Aproximar la voluntad y el deseo, implica hablar del *ejercicio de prácticas de libertad* en el sentido de Foucault, necesarias para que se den procesos de transformación social y subjetiva.

La *tensión entre la voluntad y el deseo* es continua y necesaria para la vida social (seamos o no conscientes de ello, debido a nuestra naturaleza de seres sociales) pero cuando ésta se transforma en **polaridad y disociación**, puede conducir a la absolutización de sus polos, lo que genera una fuente de padecimiento igual o superior al malestar o padecimiento que queremos combatir (relacionado con la discriminación y exclusión sociales de la diversidad y las diferencias humanas sexuales padecido por el colectivo *trans*), por lo tanto se convierte en una *herramienta ineficaz para nuestros propósitos*. Serían ejemplos de esta polaridad y disociación, la ruptura total del diálogo o el inicio de exclusiones mutuas, al interior del movimiento social *trans*, o el cultivo de la ignorancia sobre la existencia, y la incompreensión de las razones, de la heterogeneidad dentro del movimiento social *trans*.

Dada la heterogeneidad del movimiento social *trans*, en el aquí y ahora, deberíamos intentar *no cerrarnos en un ideal abstracto y deseable* como lo puede ser *la despatologización* a pesar de su gran atractivo (confundiendo el lugar de llegada con el lugar de partida) ni tampoco *obstinarnos en convertir en verdad absoluta las necesidades imperiosas del aquí y ahora contingentes*, como lo puede ser *la necesidad vital de una coherencia entre el sexo y el género* al coste que sea (confundiendo el lugar de partida con el lugar de llegada). Es decir, **no confundir deseo y realidad** y asumir que la realidad contemporánea es mucho más **compleja, heterogénea y terca** del que nos gustaría, pese a estar producida socio-históricamente.

ii) La posibilidad de “desplazar” el malestar/padecimiento de género.

Decir que el malestar y el padecimiento, producidos por sociedades normativas de género y transfóbicas como la nuestra, es **subjetivo, particular y situado**, quiere decir que se puede **desplazar, transformar, reducir y cambiar** puesto que no tiene ninguna esencia ni necesidad de ser, sino que es el producto de unas relaciones sociales y de poder, de un contexto social y de una historia particular y contingente. Así, una condición previa para el desplazamiento del malestar de género es su **visibilización** (empresa a la que se dedica intensamente y brillantemente este libro) primero social, pero también individual y subjetiva, que necesariamente desemboca en un proceso de transformación cultural, subjetiva e intersubjetiva; eso sí un proceso lento para los tiempos que corren, en el que los ritmos son heterogéneos.

Este cambio o transformación no se puede hacer solo de manera *individual*, por voluntad propia, o de forma *cognitivo-racional-ideológica*, sino que ha de ser un proceso conjunto y colectivo, en el que *los afectos, las relaciones sociales y los vínculos*, además de la reflexión analítica crítica *son básicos*, debido a nuestra necesidad como seres sociales de reconocimiento por parte del otro (y más cuando sufrimos una situación parecida...) por el hecho de ser constituidos socialmente; es nuestra *vulnerabilidad como seres sociales*. Además, la naturaleza de esta transformación será un proceso caracterizado por cierta *tensión y contradicción*, entre lo que espera la norma social de género dominante de nosotr@s y lo que queremos y podemos nosotr@s construir en su lugar. En este sentido, lo importante no será la coherencia interna (que es un efecto de control social), ni la armonía (que es un efecto publicitario de la

cultura hedonista actual) sino la *consistencia y la capacidad de escucharse a si mism@ y a los otr@s, entender la situación en la que se está y decidir ante ella* (en términos de relaciones de poder y agencia) *en cada contexto preciso, tolerando las propias necesidades de reconocimiento y asumiendo las propias fuerzas de cambio, en un@ mism@ y en l@s otr@s.*

Ni que decir tiene que todo esto es mucho más fácil en la teoría que en la práctica, pero esto no quita que sea una buena fórmula, como pone de manifiesto claramente el libro que presentamos.

Trabajar por esta transformación social y subjetiva en estas condiciones requiere de recursos heterogéneos y de análisis complejos en términos de *comunicación, intervención, comprensión de la subjetividad, acción colectiva y capacidad de análisis crítico*. Recursos y análisis que apenas en los últimos años, estamos empezando a producir en relación a las cuestiones *trans*, publicando sobre el tema, debatiéndolo sin prejuicios, agrupando personas heterogéneas para hacerlo, sin protegernos en nuestro pequeño grupo autocomplaciente, cambiando leyes y viendo lo que genera, y siendo tolerantes con nuestra vivencia pero al mismo tiempo sin absolutizarla ni hacerla universal. El *Género desordenado*, como producto, constituye el resultado pionero de multitud de estas innovaciones.

Este libro es una herramienta muy valiosa para ayudar a aproximar voluntades y deseos (para que anden más a la par...) a partir de **la construcción del diálogo que se propone** (*complejo y difícil porque tiene que articular ideología y necesidades particulares y situadas*) entre experiencias, percepciones y posiciones heterogéneas, lo cual puede permitir aperturas, reconocimiento y transformaciones en personas que han sufrido grados amplios de no reconocimiento.

Por ello queremos plantear la cuestión siguiente: *¿lo más importante en un movimiento social es el resultado o la demanda final unívoca...o más bien, es el proceso de reconocimiento mutuo que este posibilita (y creemos debería posibilitar al máximo) reconociendo una pluralidad de demandas para que éste sea factible?* Pluralidad de demandas que se deberían poder articular, a corto plazo, de una manera pragmática ante la sociedad, y traducir a largo plazo en una demanda articulada más utópica, como puede serlo *la despatologización* total de la transexualidad que el libro plantea.

Por otro lado, este libro proporciona pistas sustanciales (en su forma y contenido) para ir respondiendo a preguntas complicadas que lo atraviesan, como por ejemplo: i) **¿Cómo podemos hacer participar al sujeto “generizado” en la transformación de un problema social, que a veces, ni siquiera siente que tiene?** (*¡Pregunta muy difícil pero abordable!*) concienciación, cultura crítica, movimientos sociales abiertos y con capacidad de autocrítica que prioricen el reconocimiento mutuo, etc. ii) **¿Cómo se construye, y qué quiere decir en cada caso y contexto, una “vida mejor” en términos de libertad, reconocimiento y consideración del otro** (una *vida vivible e inteligible* en palabras de Judith Butler)?

Parece que asegurar la participación de todo el mundo sólo se puede hacer interviniendo en la condición social y cultural de las personas, y proporcionando o facilitando el máximo de recursos posibles (de información, sociales, afectivos, etc.) para que cada cual pueda realmente escucharse, reflexionar, conversar, decidir y actuar en consecuencia.

Pero sabemos que aunque nos dirijamos a todo el mundo con los mismos recursos como hace este libro (¡si esto fuera posible en la práctica!) *la tolerancia, la vulnerabilidad y la capacidad de cada cual por transformar y desplazar su propio malestar* en relación al género normativo será diferente, puesto que depende de su historia personal y de la fortaleza consecuente, del contexto y las condiciones sociales

actuales, en este sentido, los recursos también deben ser heterogéneos. Es por ello que igual hemos de asumir que *la lucha del movimiento social en este momento será heterogénea en cuanto a demandas sociales concretas* pero puede converger más en cuando *al análisis y la utopía* a la que se tienda, sin confundir los dos niveles. La idea de un colectivo homogéneo es quimérica ahora mismo, pero lo que sí debería ser posible es *poder tratar y dialogar con las diferencias dentro del movimiento social, y desde todas las posiciones*. Este es precisamente *el camino que este libro inicia de manera pionera en nuestro estado..., al menos desde la posición de la despatologización...*, esperemos ahora también la apertura al diálogo desde las otras posiciones del movimiento...para poder seguir pensando, moviéndonos...y transformando el mundo y a nosotr@s mism@s...

Referencias

Butler, Judith (1997/1998). *Mecanismos psíquicos del poder*. Valencia: Cátedra.

Formato de citación

Pujal, Margot (2011). Reseña Miquel Missé y Gerard Coll-Planas (Eds.) (2010) El Género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad. *Athenea Digital*, 11(2), 227-232.
Disponible en
<http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/401/817>



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)